

Teoría de la Educación

Un análisis epistemológico

Concepción Naval Durán
Pamplona, EUNSA, 2008

Carme Urpí*

Antes de profundizar en el análisis y en la crítica sobre este libro, anotamos algunos datos sobre su autora que pueden resultar de interés. La profesora Concepción Naval trabaja actualmente en la Universidad de Navarra, ocupando desde 2001 el cargo de vicerrectora, a la vez que imparte desde 1993 —tal como ella misma explica en la introducción del libro— la materia cuyo nombre coincide con el título del presente libro: Teoría de la Educación. En 2007 obtuvo la habilitación estatal para esta materia y adquirió el rango de profesora titular. Ha escrito numerosos artículos para revistas nacionales e internacionales, además de varios libros y capítulos de libros. Mencionamos a continuación algunos de los títulos más significativos: *Educación ciudadana* (2000, 2ª ed.), *Confiar. Cuna de la sociabilidad humana* (2001), *La educación cívica hoy. Una aproximación interdisciplinaria* (2000), *Participar en la sociedad civil* (2002), *Educación y ciudadanía en una sociedad democrática* (coautora, 2006), *Enseñar y aprender. Una propuesta didáctica* (2008). Como sugieren los títulos citados, su investigación principal se orienta hacia el estudio de los fundamentos de la educación para la ciudadanía y para la participación social. Su última publicación (2009) lleva por título *Educación de la sociabilidad*.

El contenido del libro que nos ocupa ahora no responde al típico libro de texto o manual de estudio para el alumnado, tal como el lector podría imaginar según los datos citados anteriormente, sino a un estudio epistemológico en profundidad sobre la propia disciplina científica de la Teoría de la Educación. Por tanto, es en el subtítulo del libro donde el lector encontrará la clave para divisar el principal tema de estudio: *un análisis epistemológico de la Teoría de la Educación como disciplina científica*. Para iniciar este análisis la doctora Naval presenta el amplio contexto educativo generado a partir del actual marco universitario europeo, al tiempo que repasa el panorama español reciente con respecto a la Teoría de la Educación. En esta contextualización destacan especialmente las valoraciones de la autora acerca de las cuestiones más polémicas que ha despertado la construcción de un Espacio Europeo

* Doctora en Pedagogía, profesora de la Universidad de Navarra, España.
CE: curpi@unav.es

de Educación Superior. En concreto, menciona las cuestiones referidas no sólo al esfuerzo de adaptación de todos los implicados en la comunidad universitaria sino también al beneficio profesional y científico que pueda suponer para la “promoción libre del conocimiento” (p. 48) en el desarrollo mundial. La autora se pronuncia en esta misma página a través de una cita de Rorty (1999): “lo único que justifica un entorno de profesores vivos en lugar de simples terminales de ordenador, vídeos y reproductores de apuntes, es que los estudiantes necesitan ver la libertad representada delante de sus ojos por seres humanos reales” (*Philosophy and Social Hope*, p. 126).

Efectivamente, el cambio de mentalidad que se requiere por parte de todos las instancias que participan en la educación superior europea (profesorado, alumnado, personal administrativo, autoridades académicas) y el esfuerzo común por mejorar la calidad de la enseñanza y del aprendizaje superan toda pretensión puramente pragmática o de mera eficacia en la organización de la movilidad y comunicación entre países más o menos vecinos; más bien, la aspiración se orienta hacia un espacio libre de intercambio y de transmisión del conocimiento científico y hacia una mejor formación de las futuras generaciones. El reto actual está en capacitar al alumnado para interpretar la información de manera autónoma y crítica de manera que ‘no deje nunca de aprender’ y pueda generar, a su vez, conocimiento propio e innovador, ser creativo (p. 48).

Tras este capítulo, que se cierra con una bibliografía específica, Naval se adentra en una compleja reflexión epistemológica en el siguiente y más extenso capítulo —sin duda el de mayor peso en el libro— titulado: “Teoría de la Educación como disciplina científica”. En lugar de empezar a disertar acerca del fenómeno de la educación o sobre la educación como objeto de conocimiento científico, la autora prefiere entrar directamente en el tratamiento epistemológico de la Teoría de la Educación como disciplina, como saber científico.

Según Naval, la problemática actual de la Teoría de la Educación está en integrar el estudio de la educación como *hecho* o fenómeno que es posible describir —planteamiento que asumieron las Ciencias de la educación en su momento— y como *acción* que conviene normativizar en el terreno práctico —planteamiento más ligado a la Pedagogía y, por herencia, a la Teoría de la Educación en sus inicios como disciplina. “Pero este planteamiento normativo —afirma— requiere un esfuerzo de integración de las aportaciones de las Ciencias de la educación, para así poder fundamentar la actuación educativa en el conocimiento y comprensión de los hechos educacionales” (p. 74). Ya en otro momento, la autora señalaba en este sentido que “la Teoría de la Educación partiría entonces del reconocimiento de un hecho, del hecho educativo, del hecho de que *hay* educación, actuación orientada a la mejora u optimización de los seres humanos... con vistas a regular la acción educativa en ámbitos formales, no formales e informales” (p. 57).

Para discutir esta hipótesis Naval recorre a continuación las distintas etapas, autores y escuelas (especialmente, las que pertenecen al ámbito anglosajón) que a lo largo del siglo XX han ido constituyendo la Teoría de la Educación como disciplina. En este recorrido la autora aprovecha la ocasión para explicar el objeto diferencial de otras disciplinas estrechamente relacionadas con la Teoría de la Educación, tales como la Filosofía de la educación, la Pedagogía, la Ciencia de la educación y las Ciencias de la educación.

A lo largo de las páginas que siguen se discuten en profundidad los dos conceptos clave del análisis epistemológico que la autora nos ofrece: teoría y práctica educativa. “Sobre la base de esta relación entre teoría y práctica, la Teoría de la Educación aspira a generar una *fundamentación científica de la acción educativa*, capaz de reconvertir la intervención educativa en una intervención pedagógica” (p. 72). La distinción medular que plantea la nueva propuesta de la Teoría de la Educación con respecto a las disciplinas anteriores (Pedagogía, Ciencias de la educación) está en considerar la educación no sólo como *hecho o fenómeno* que es posible describir —asumido por las Ciencias de la educación (Biología, Psicología, Sociología, Historia)— sino también como *acción* que conviene regular en el terreno práctico y de la que es posible derivar pautas tecnológicas; es decir, un saber práctico. Esta integración entre teoría y práctica es la clave de la propuesta científica que aporta esta nueva disciplina: pretender estudiar la educación “no sólo para aumentar el conocimiento del *hecho educativo*, sino también para *educar mejor*: optimizar la *acción educativa*” (p. 71).

El problema está muchas veces en que la investigación educativa no obtiene la suficiente repercusión sobre la práctica real de los educadores. Aunque mencionados apenas en una nota al pie de página (p. 72), resultan de interés los dos factores que según la autora pueden estar influyendo en este problema: la falta de formación pedagógica inicial del profesorado y la falta de interés de la Pedagogía por establecer sugerencias de intervención que ayuden a optimizar los procesos.

A mi modo de ver, y tal como la autora también sugiere en varias ocasiones, esta falta de interés puede ser imputada a la desvinculación que la propia Pedagogía tiene respecto de la auténtica práctica educativa. Sin una observación directa, continuada y meditada de la práctica educativa resulta difícil interesarse o proponer sugerencias de intervención válidas. Y surgen entonces ciertos recelos, como ocurre en la actualidad, hacia los teóricos y diseñadores de planes educativos porque pretenden aplicar en la práctica los conceptos teóricos sin reconocer que son abstracciones, ideas que requieren todo un proceso de modulación para poder adaptarse a la complejidad que encierra cualquier situación concreta de la realidad. No se trata de fórmulas matemáticas, ni de minuciosas recetas a seguir, sino de entender que la realidad práctica está viva y en ella interviene el factor humano de la libertad, o al menos, eso es lo que se espera si hablamos de auténtica educación y no de adiestramiento. Así,

las funciones del maestro, del estudiante y de la propia teoría educativa quedan definidas en esencia por esta cuestión de la libertad; pero al mismo tiempo que se requiere el respeto por la libertad, es preciso también salvar el riesgo del seguidismo ideológico, del relativismo o del subjetivismo, apelando a la racionalidad práctica, a la capacidad de abstraer ciertos principios teóricos válidos para orientar la propia práctica.

Entiendo que la propuesta de la autora apunta hacia esta idea cuando afirma que “el intento de una ciencia que ignore la contextualización está abocada al fracaso, especialmente en el mundo educativo; pero de ahí a negar la racionalidad práctica, hay una distancia que conviene salvar, y de ello mi propuesta de reconstruir la Teoría de la Educación en y desde la práctica: una tarea que no tiene fin” (p. 85).

Entiendo también que el reconocimiento que la autora manifiesta hacia la pluridisciplinariedad y la interdisciplinariedad existentes en la investigación pedagógica actual se explica desde esta concepción integradora de la teoría y la práctica educativas, que requiere una conexión directa con otras disciplinas afines. Por ejemplo, resulta de gran interés el diálogo con una Antropología filosófica que aporte conocimiento sobre qué es el ser humano y la vida humana. O con una Psicología del aprendizaje que estudia los mecanismos psicológicos subyacentes a los procesos o conductas educativas específicas. O con la tecnología, la ética, etcétera. Más adelante, al tratar la cuestión del método de investigación la autora explica esta necesidad de interdisciplinariedad añadiendo un matiz interesante: “afirmar la necesidad de interdisciplinariedad no significa abandonar lo específico de cada disciplina pedagógica, sino poner el acento en los elementos comunes a todas ellas y generar nuevos conocimientos gracias a la interrelación entre ellas” (p. 147).

El capítulo también ofrece una clasificación de definiciones de Teoría de la Educación, procedentes en su mayoría del ámbito español (pp. 97-99). Los nombres más significativos de este ámbito aparecen citados repetidamente: Vázquez, Colom, Martínez, Buxarráis, Escámez, Castillejo, Esteve, García Carrasco, García Hoz, Touriñán, entre otros. Además, Naval expone las diferencias entre los paradigmas existentes y entre las metodologías de investigación educativa actuales, tanto cuantitativas como cualitativas. A medida que la autora va aludiendo a los autores y a las fuentes más representativas, con las explicaciones correspondientes, permite al lector forjarse una clara idea de conjunto del panorama español actual en esta disciplina. Al final del capítulo encontramos de nuevo una bibliografía específica, bastante extensa, que cualquier lector estudioso del tema sabrá apreciar; además de los autores citados, recoge otros títulos que pueden resultar de interés para indagar más específicamente sobre el tema.

El libro se cierra con un capítulo que recopila en más de 40 páginas un amplio elenco bibliográfico general, centrado sobre todo en el ámbito español y anglosajón, pero que también incluye títulos clásicos europeos. Sin duda, esta generosa recopilación de obras de referencia

relevantes en la disciplina puede ser de gran utilidad a todo aquel que desee adentrarse en el campo de la Teoría de la Educación.

Quisiera terminar esta reseña apuntando, como hace la autora en la conclusión final y citando a Vázquez (2005: 57), hacia el futuro de esta disciplina: la Teoría de la Educación aportará la reflexión teórica necesaria para la mejora de la práctica educativa si se orienta hacia la comprensión en profundidad del fenómeno de la educación y hacia su consiguiente explicación, abarcando de manera integral todos los aspectos en que debe ocuparse la tarea de terminarse y humanizarse, así como todos los ámbitos de la experiencia personal en que estos aspectos se desarrollan.

Desde esta perspectiva práctica e integral, y volviendo al tema inicial del libro —la integración del sistema universitario español en el espacio europeo de educación superior—, cabe concluir ahora que la Teoría de la Educación como disciplina científica se enfrenta a los siguientes retos y tareas en relación con dicha adaptación universitaria:

1. En el proceso práctico de enseñanza-aprendizaje que se desarrolla en toda educación es preciso reforzar la atención en el aprendizaje y no sólo en la enseñanza. Esto significa que es necesario reorientar toda la organización, la planificación, la gestión o la propia docencia universitaria hacia el aprendizaje del estudiante y no sólo hacia la transmisión de contenidos.
2. De esta manera, la evaluación de este aprendizaje tendrá en cuenta todo el volumen de trabajo del estudiante, cuyos objetivos se expresarán a modo de competencias que se deben adquirir y que incluyen no sólo conocimientos, sino también capacidades y habilidades.
3. Por tanto, es preciso reconocer expresamente la necesidad de ofrecer una formación integral al estudiante.
4. Además, es necesaria la reflexión constante sobre el propio quehacer universitario para redefinir los perfiles profesionales y los objetivos generales de cada titulación, con la atención dirigida hacia las novedades que la sociedad pueda esperar.
5. Más allá de una capacitación profesional, es necesaria una formación crítica que favorezca el pensamiento libre y creador. Por ello, la Teoría de la Educación puede aportar los saberes necesarios para plantear nuevas estructuras educativas que garanticen una verdadera sociedad del conocimiento; es decir, una sociedad no sólo receptora de conocimientos sino también promotora, generadora e innovadora.